

Los modos de producción en el artesanado de la antigüedad a través de los talleres cerámicos

ADROHER AUROUX, Andrés María
RISUEÑO OLARTE, Beatriz

Abstract

We try to find the social and economical inferences from the classics potteries productions, black glazed pottery and samian ware basically. Researching in decorations systems and sigilla, founding differences and similarities between of them we arrive to see the evolution in slave and free workers function into the pottery workshops.

La cerámica, al ser el artefacto más comúnmente representado en las excavaciones de los períodos clásicos, aporta interesantes inferencias acerca de distintos comportamientos humanos. Pretendemos observar el funcionamiento aproximado del artesanado y su evolución desde que aparecen las primeras producciones que pueden dejar de considerarse como reducidas, ya que su función específica es servir de elemento propio de comercio por su valor intrínseco.

Para aproximarnos lo más posible al mundo de los alfareros que desarrollaron las producciones cerámicas de la antigüedad, podemos contar con tres fuentes fundamentales: a) estudio sobre la evolución de las características decorativas, técnicas y de expansión que definen a cada una de las producciones cerámicas; b) análisis del comportamiento del artesanado en las distintas actividades productivas del período correspondiente; c) estudio pormenorizado de los resultados en las investigaciones realizadas sobre los distintos talleres de Terra Sigillata existentes en el Mediterráneo Occidental, mucho más numerosos que los de barniz negro.

1. Las cerámicas de barniz negro

Esta categoría incluye desde las producciones áticas de época clásica, conocidas en el Mediterráneo occidental durante la segunda mitad del siglo V y primera del siglo IV (si bien pueden pervivir perfectamente hasta principios del siglo III a.n.e. en algunas zonas específicas y bajo una serie de problemas concretos), hasta las últimas producciones itálicas de barniz negro denominado Campaniense cuyos talleres dejan de funcionar en un momento indeterminado previo al cambio de Era. De por medio se contemplan las producciones denominadas protocampanienses, que incluyen todos

aquellos talleres más o menos pequeños, que durante el período correspondiente al final de la exportación de productos áticos (hacia finales del siglo IV) y hasta el inicio del auge de la producción de la Campaniense A napolitana (a finales del siglo III) fabrican y exportan local o regionalmente (salvo el caso del taller de Rosas y del taller de las Pequeñas Estampillas) imitaciones del barniz negro ático.

La información que sobre el artesanado podemos obtener a través de la arqueología de la cerámica de barniz negro no es especialmente abundante debido, en buena parte, a la inexistencia de publicaciones que analicen clara y definitivamente los escasos restos de hornos relacionados con las producciones de esta categoría cerámica dejando al margen la existencia de numerosas producciones locales o regionales que pueden intuirse pero que no han sido aisladas. El primer problema que se infiere de esta afirmación es la valoración de la autenticidad de las asignaciones tradicionalmente mantenidas en las publicaciones a este respecto. Desde la aparición de la obra de N. Lamboglia (Lamboglia, 1952) la tendencia historiográfica ha consistido fundamentalmente en simplificar estas producciones en los tres grupos definidos: A, B y C. Desde finales de los años '60 se vivió un proceso inverso a partir de los trabajos de varios investigadores que no se resignaban ante la fácil tentación de un sistema clasificatorio muy simple. Este momento tuvo su punto culminante en la publicación de la nueva tipología presentada por Morel (Morel, 1981), donde se presupone casi sistemáticamente la inexistencia de producciones más o menos universalizadas en cuanto a su expansión, pues de cualquier mínima diferencia tipológica, morfométrica o tecnológica se infiere directamente la existencia de una nueva producción con su consiguiente cronología y "aparato" de influencias en cualquiera de estos tres aspectos. Debe pensarse que nos encontramos ante producciones poco o nada estandarizadas (salvo quizás el caso de la Campaniense A o de las producciones áticas), donde no sólo la libertad de interpretación del alfarero juega un importante papel, sino que también existe un trabajo manual, en el cual se presentan altos índices de cambio de las condiciones artesanales, entre las que debemos incluir existencia de alfareros en proceso de aprendizaje que pueden alterar elementos morfométricos, tipológicos o técnicos, imperfecta utilización de arcillas o instrumentos, mal control respecto del grado de cocción, incapacidad para alcanzar una arcilla bien decantada, o cualquier otro aspecto tecnológico o cultural. No existen moldes en los cuales la cerámica se haga sistemáticamente bajo las mismas constantes morfológicas; la variabilidad, por tanto, es una circunstancia controlable sólo hasta cierto punto.

Ha podido observarse un progresivo cambio desde las primeras producciones de barnices negros, que se han multiplicado por doquier, fomentando imitaciones e imitaciones de las imitaciones hasta su desaparición. Morel afirmaba que puede rastrearse un resto de relaciones sociales de producción y, por tanto, de distribución en gran parte de estos materiales (Morel, 1981 a). Confrontando una serie de características intrínsecas a los productos áticos, protocampanienses y campanienses puede afirmarse la lenta pero indefectible intromisión de las producciones cerámicas en el Modo de Producción Esclavista.

Los primeros talleres que podemos analizar son los áticos: iniciando su exporta-

ción al occidente mediterráneo hacia finales del siglo VI a.n.e., en doscientos años parecen cambiar algunos aspectos de su producción, aunque otros se mantienen. Así parece constante la calidad de las producciones, en relación al barniz y en relación a la pasta, si bien se pueden documentar la inclusión en los paquetes exportados al extremo occidente de cerámicas con fallos de horno. No obstante, estas variaciones no deben entenderse como resultado de la producción de cerámicas de imitación, sino que, desde nuestro punto de vista, en comparación a la calidad de otros productos áticos de barniz negro en otras zonas del Mediterráneo, nos hace pensar en la posibilidad de una producción no muy controlada; la intención de los talleres áticos era claramente exportadora, por lo que se convierten en talleres de producción casi industrial. El Modo de Producción Esclavista se introduce plenamente en Atenas desde el siglo V a.n.e. y desde el siglo III en la Península Itálica (concretamente en Etruria, Lacio y Campania). Así las cerámicas áticas deben considerarse como producciones industriales, donde el artesanado libre no tendría cabida, como lo demuestra la insistencia sobre los esquemas decorativos, o la escasa variación de formas. En los esquemas decorativos puede comprobarse el empobrecimiento, que parece lineal y progresivo, desde finales del siglo V, sin que se haya identificado en este período, la existencia de marcas de alfarero que aportaran información sobre los personajes que formaban parte de las producciones, en cualquiera de sus campos (productores, propietarios, esclavos, etc). En definitiva, y utilizando las palabras de Morel, la cerámica ática de barniz negro es, perfectamente anónima, producida en serie, estandarizada y exportada masivamente, como lo será más tarde la Campaniense A de Nápoles (Morel, 1981 a).

A finales del siglo IV y durante buena parte del siglo III, las perspectivas sociales presentan algunos cambios. Existen producciones que nos informan sobre los alfareros a través de timbres nominales; lamentablemente esto no es muy común, pudiéndose especificar dos grupos según aparezcan o no estas firmas.

a) Al parecer los productos firmados se reducen a dos áreas fundamentalmente: una, centroitálica, que extiende sus relaciones, quizás mediante la emigración directa de alfareros, hasta el norte de la Campania. Son alfares que marcan extensamente sus productos, con firmas mucho más extensas que las que nos encontraremos en la Terra Sigillata incluyéndose, frecuentemente, no sólo el fabricante sino también el lugar de fabricación, como las producciones calenas (Morel, 1976). Por otro lado están las producciones del Golfo de Lyon que firman en griego: Nikia, Ion.c, K.A.K.A., y pi.alpha.rho. Menos completos, son nombres que seguramente hacen referencia a los alfareros o propietarios del taller. Todos estos talleres parecen relacionarse con la colonia de Rosas (Sanmartí, 1978). Sobre el significado exacto de estas marcas poco se puede afirmar: los casos de Nikia e Ion.c hacen referencia casi con seguridad a nombres completos, en tanto que pi.alpha.rho y K.A.K.A. parecen más bien abreviaciones. Indudablemente no creemos que este hecho tenga relación con las firmas centroitálicas, ya que tanto los tipos cerámicos como los sistemas de nominación existentes en los timbres no son en absoluto paralelizables. De todas formas pueden apuntarse relaciones de posesión, ya que ionis (de Ion.c) debe definirse como un

genitivo, aunque también podría responder a un genitivo de procedencia epónima. Existen tres características que señala Morel como propias de los talleres itálicos y que en absoluto pueden hacerse extensivos a estos talleres del nordeste de la Península Ibérica; se trata, en primer lugar, de la coexistencia de esclavos o libertos con hombres libres en las firmas; además pueden alternarse firmas timbradas y firmas incisas (grafitos) previas a la cocción, lo que puede dar alguna pista sobre la capacidad técnica de algunos talleres para sistematizar o no esta costumbre; por último, también como carácter diferenciador respecto de los talleres de Rosas, es la gran variedad de marcas, que por otra parte, están representadas por escasos ejemplos. La primera y la última de estas reflexiones de Morel le llevaron a concluir que muy posiblemente los vasos de este período fueran firmados por los mismos operarios que los produjeron; por esas mismas razones, examinadas en sentido inverso, posiblemente los talleres de Rosas funcionaran bajo otra perspectiva.

b) Contemporáneamente a éstas se desarrollan otras producciones que no utilizan. Para su estudio pueden dividirse en dos grupos: las desarrolladas en la Magna Grecia, por un lado y el resto de las producciones no itálicas por otro. La explicación de la no utilización en uno y otro caso de los timbres nominales deviene de distintos hechos en uno y otro caso. Los alfareros que trabajaban en la Italia Meridional fueron más fuertemente influenciados por los griegos, ya que, muy posiblemente, de ellos descendieran directamente, y por su parte en el área centroitálica la tradición cerámica está mucho más endogeneizada, es decir, que no mantiene esa relación tan estrecha con los talleres áticos. De ello deducimos que los talleres de la Magna Grecia seguirán una tradición tipológica y estética más parecida a los productos áticos, donde la identificación de una producción con un individuo no existe. En el caso del resto de las producciones de barniz negro anónimas del Mediterráneo Occidental que se adscriben a este período cronológico, posiblemente la ausencia de firmas en la cerámica puede responder a dos hechos: en primer lugar a la continuidad de una tradición cerámica en este sentido que es la que ha orientado el inicio de la casi totalidad de esta producciones: la cerámica ática; en segundo lugar no se conoce en la historia de la ceramología ningún caso de cerámica de imitación en sentido estricto o de inspiración en el cual se nominalice el nombre del alfarero o del taller (este no es el caso del ATEIVS de Lyon en referencia al taller de Arezzo); en los casos que para este momento se presentan en relación a las producciones norteafricanas o levantinas ibérica, incluyendo las baleares, deben considerarse de poca entidad, tanto por nacer en el seno de sociedades con poca tradición de ceramistas con carácter individualizable (el concepto de individuo en una sociedad indígena del tipo ibérico es un carácter poco desarrollado), como por carecer de un enfoque comercial para este tipo de artefactos, más allá del puro intercambio. En el caso de talleres como el de pseudo áticas de Marsella, la falta de timbres de este tipo corresponde al simple carácter de copia que definen al mismo.

Los talleres protocampanienses tienen un carácter productivo artesanal a diferencia de los talleres áticos, y no suelen incluirse, en ningún caso, en las grandes redes

comerciales del Mediterráneo Occidental por este propio carácter ya que su expansión se reduce a las comunidades indígenas durante el siglo III. La existencia de marcas nominales en determinadas clases cerámicas puede responder a varios factores: en primer lugar, al desarrollo del concepto de individuo, más en comunidades fuertemente helenizadas que en las comunidades indígenas, si bien, dentro de aquellas comunidades cuya relación directa con el oriente mediterráneo no se mantiene con la misma fuerza, produciendo un efecto de reinterpretación personal de ese concepto de individualidad, como elemento que defina una más antigua tradición griega, procedente de cerámicas de figuras rojas, donde algunos ejemplares eran firmados no ya mediante un sistema de sello impreso sino mediante una firma realizada con pintura por sus decoradores. Este hecho reinterpretativo pudo ponerse en cuestión en dos centros como Rosas y el área etrusco-lacial, donde las relaciones directas con Grecia habían decaído en relación con otra áreas como la Italia Meridional.

En líneas generales podríamos afirmar que los talleres protocampanienses no itálicos se desarrollarían dentro de estructuras productivas previas al desarrollo del modo de producción esclavista, ya que se encuentran incluidas en sistemas productivos de bajo rendimiento, sin tendencia a la comercialización, en definitiva más relacionados con procesos de intercambio. En este sentido sería difícil creer que la mano de obra esclava jugara el más importante papel en los procesos de producción; indudablemente no se trataba ya de producciones familiares, tanto por la producción de estas cerámicas, en cuanto a su expansión espacial y cronológica, como por la necesidad de una infraestructura demasiado compleja para ser completamente sostenida bajo una estructura familiar: en Kouass no existe uno sino varios hornos que producen indistintamente distintos tipos de cerámicas, lo que supone el control de distintos tipos de técnicas (Ponsich, 1969); el mismo caso se presenta para los talleres de Rosas, donde al mismo tiempo parecen producir las cerámicas grises de la costa catalana (Sanmartí, 1978). Por el contrario, en la zona centroitálica, la avalancha de cerámicas con marcas de alfarero, en las que los «ingenui» juegan un importante papel, puede relacionarse con el inicio de la existencia de talleres que funcionen con un sistema de producción basado en el trabajo de mano de obra artesanal, como preludio al uso de mano de obra fundamentalmente esclava (Morel, 1983).

Este sistema de producción parece cambiar completamente con la aparición y desarrollo de la Campaniense A, que desde finales del siglo III empieza a monopolizar todos los mercados del Mediterráneo Occidental. Esta producción entroncaría ya desde nuestro punto de vista en un modo de producción esclavista, por una serie de razones que pasamos a exponer: en primer lugar, la existencia de una producción ingente de materiales, dedicados casi exclusivamente a la exportación, y la esquematización decorativa, señalan la utilización de mano de obra cada vez menos especializada, donde no es la calidad del producto, inferior, en general, a la de las cerámicas que la anteceden, sino la productividad del mismo lo que interesa. Esta productividad como lógica económica, debe tender hacia un abaratamiento de los costes de producción. Este abaratamiento en los costes se comprueba en una serie de elementos: tendencia

a la simplificación de las formas y de los esquemas decorativos, lo cual implica la utilización de mano de obra menos cualificada y el empleo de menor tiempo por unidad producida; reducción del repertorio formal no es casual ni aleatoria, sino que responde a la necesidad de exportar la mayor cantidad de material ocupando el menor espacio posible (continuando con la intención de abaratar los costes); el ejemplo del pecio Riou 3 de Marsella es sintomático en este sentido (Long y Ximénès, 1988); carencia total de formas cerradas, y aparición abusiva de formas fácilmente apilables, los platos Lamb. 5/7. Todo ello nos hace pensar mucho más en una producción de corte esclavista; a ello unimos el absoluto anonimato en el que se desarrolla la producción; Morel considera que desde el punto de vista de que su exportación masiva coincide con la expansión y control de Roma sobre la Campania, cuyos hitos culminantes los definen los años -199 y -194, en torno al inicio del puerto de Pozzuoli y la fundación de la colonia de Puteoli, esta producción no debe ser considerada como una cerámica de la Magna Grecia, es decir, fuertemente enraizada en la tradición helénica de esta zona geográfica, sino como una cerámica romana (Morel, 1981 a): una industria de la Magna Grecia bajo control romano (Morel, 1976); nosotros vamos más allá: Roma exportó no sólo su concepto comercial sino, lo que es más importante, sus sistemas de producción. Sólo se conoce un taller de Campaniense A, en Nápoles, bajo el Corso Umberto, pero se desconocen los edificios adyacentes, lo cual nos impide realizar lecturas arqueológicas en relación al tema de la distribución del espacio, lo cual podría aportarnos una información de primera mano sobre los sistemas de explotación y producción. De esta forma hemos documentado dos interesantes aspectos de la campaniense A: en primer lugar que entre de lleno en las estructuras económicas del imperialismo romano, y en segundo lugar, merced a la progresiva estandarización y simplificación, el proceso de fábrica se reduce a movimientos mecánicos, no especializados y con total carencia de creatividad, lo que nos lleva a la utilización de mano de obra no especializada y barata: ¿esclavos?

Sin embargo, no debemos interpretar que esta intrusión de los talleres cerámicos en el campo del modo de producción esclavista es ineluctablemente unilineal y progresivo: nada más lejos de la realidad; producciones posteriores como la Campaniense B ó C, o los productos aretinos de barniz negro no entran en estas características, aunque sí compartan algunas de ellas como la reducción de repertorio (Aretina de barniz negro), o gran cantidad de producción (Campaniense B), o exportación casi exclusivamente marítima (Campaniense C), pero en ningún otro taller de barniz negro se conjugan nuevamente todas las características que acabamos de definir para la Campaniense A. Los otros productos más tardíos empiezan a cambiar algunas de sus costumbres: tipológicamente son formas relativamente complejas, su expansión no es fundamentalmente marítima (esto es especialmente cierto para la Aretina); posiblemente nos encontremos ante talleres organizados bajo un sistema de desconcentración (Morel, 1983), donde la optimización de la producción deviene de la existencia de unidades que no son demasiado grandes ni demasiado pequeñas. Esto impide la concentración de la producción, con la consiguiente falta de rentabilidad que ello supone: en las zonas más tradicionalistas las producciones etruscas nunca lograrán

desbancar a los productos campanos, como el la zona noreoriental de Africa o el sur de la Galia, no sabemos si por razones meramente económicas (relaciones comerciales directas con los centros de producción de Campaniense A, o, simplemente, por tendencia conservadora en las poblaciones indígenas que no llegan a aceptar los nuevos productos etruscos).

2. La producción de Terra Sigillata

Esta categoría cerámica incluiría tanto las producciones de la Península itálica así como las propias de los talleres provinciales, presentándose el momento inicial de la producción, a través de la información ofrecida por las marcas entre el 40/30 a.n.e.

Nos podríamos plantear en primer lugar una estrategia de trabajo en la línea de mantener como hipotéticamente válidas las alteraciones temporales con referencia al estudio de las cuestiones sociales en el mundo imperial. En primer lugar debemos mencionar que, por una serie de circunstancias, los problemas de este tipo ligados a los talleres de cerámicas sigillatas están en una fase de estudio más evolucionada que en los barnices negros. Entre estas circunstancias podemos mencionar que existen muchos más hornos de sigillata localizados o excavados que de cerámicas de barniz negro. Puede y debe considerarse desde nuestro punto de vista que casi todas las ciudades con cierta entidad en época imperial debieron producir sus propias cerámicas de “barniz rojo”, sigillatas, como puede desprenderse tras observar las procedentes de varios yacimientos (como Cástulo). En segundo lugar, la sigillata han ofrecido muchos más datos sobre alfareros, procedencias, estatus social, relaciones de dependencia, etc a partir de los estudios procedentes de los “sigilla”. En tercer lugar, existen referencias en las fuentes escritas sobre esta categoría cerámica a diferencia de la campaniense; por último debe afirmarse que la extrapolación de los datos recogidos para un período posterior en relación a los sistemas de producción y de relaciones sociales puede hacerse con las salvedades que corresponden a la imposibilidad de hacerlo extensible ni a todas las producciones de barniz negro ni a todo el segmento temporal que ocupan aquellas que permitan esta comparación, entre otros factores tendríamos que apuntar la mayor complejidad presentada en la técnica de fabricación de la Terra Sigillata, ya que el tipo de cocción que exige, precisa sin lugar a dudas una mayor perfección en los hornos (Blanc, 1963).

Básicamente parece que puede afirmarse la existencia de una división del trabajo; así en lo que a la alfarería propiamente dicha se refiere puede intuirse una especialización en productores de punzones por un lado, de moldes por otro y de ceramistas en sentido estricto por otro (Hofmann, 1971). Sin embargo, esta afirmación hay que condicionarla fundamentalmente a la productividad que soporte cada taller o centro de producción, de forma que podría afirmarse que ante una mayor demanda existirá una mayor división y especialización del trabajo, por lo que no sería parangonable un gran centro de producción de las características de la Graufesenque con un pequeño taller cuyo radio comercial fuese local; también debemos hacer entrar en juego los tipos de

punzones que se realizan: en Talavera de la Reina (Toledo), aparece un punzón con marca de alfarero tallado sobre el corte de un fragmento de Sigillata Hispánica (Serrano Ramos, 1983); parece más bien la obra del propio alfarero que la de un especialista en punzones. Del mismo modo observamos tanto en las producciones galas como en las hispanas moldes que presentan igual marca intradecorativa interno del mismo, circunstancia que indudablemente invalidaría, al menos en tales casos, las tres subdivisiones en la organización del trabajo planteadas por Hofmann. Este problema sobre la especialización y consiguiente división del trabajo tan sólo afectaría muy lateralmente a ciertas producciones de barniz negro, como las cerámicas tipo Calés, que, según se desprende de los distintos hallazgos de moldes, eran fabricadas con este sistema (Johannowsky, 1960). De otro lado se podría hablar de una diferenciación o especialización de los decoradores, por una parte, y de los alfareros, en definitiva, por otra. Este hecho, sin embargo, no nos parece que pueda hacerse extensible a las producciones de barniz negro, ya que en éstas los sistemas de decoración son relativamente simples, o, en todo caso, tienden progresivamente hacia la simplificación, por lo que no podría pensarse en la existencia de mano de obra dedicada especialmente a la composición de los sistemas decorativos, pudiendo ser incluso los mismos alfareros los fabricantes de sus propios punzones, ya que los mismos no suponen ninguna complejidad, siendo más bien sencillos; este progresivo proceso de simplificación que observamos, por ejemplo en las decoraciones de rosetas y plametas de Campaniense A desde el siglo III a la segunda mitad del siglo II, proceso paralelo al de la estandarización del conjunto de la producción (documentable en la reducción del repertorio tipológico), es el que puede indicarnos que son los propios alfareros y no un personal especializado quien se encargaría de esta faceta; otro problema ligado a este aspecto consiste en el profundo cambio en las estructuras de las relaciones de producción que en la segunda mitad del siglo II a.n.e. se produciría en el taller napolitano cuando, de haber existido un personal especializado en un aspecto de la producción que tiende a desaparecer, este personal tendría que reconvertirse en otro aspecto que, lógicamente, hubiera precisado de un nuevo proceso de aprendizaje, cosa que nos parece poco probable.

Los sistemas de producción analizados en los talleres de sigillata sudgálica parecen dejar entrever unas relaciones cuasi comunitarias (Nieto, 1989). La cocción de los vasos de distintos alfareros en la misma hornada puede adelantarnos hipótesis en este sentido, o incluso en la línea de concebir que los fabricantes de los vasos y los propietarios de los hornos eran distintos, siendo éstos últimos los que tendrían en su mano la comercialización de los productos a través de un mercator. De este modo la producción tendría un sentido basado en diversas agrupaciones que aprovecharían el trabajo de la escala anterior del proceso de manufactura; la otra alternativa existente a la producción "comunal" de Nieto, consistiría en la existencia de un propietario único de todos los procesos de transformación existentes en relación con la fabricación de cerámicas, por lo que el sentido de las marcas sería simplemente circunstancial, si bien algunas marcas podían ligarse a determinadas producciones sistemática-

mente, sea por la posesión directa de los esclavos, sea por la existencia de procesos de préstamos de esclavos especializados en distintas producciones, si bien este comportamiento se imbrica más con las relaciones de producción de la Península Itálica.

Lo que sí parece claro, y ello si puede extrapolarse sin ningún problema a las producciones de basniz negro, es que no existe un sistema unificado de relaciones de producción en los distintos talleres de sigillata; ya hemos comprobado como algunos autores se inclinan por considerar las producciones de sigillata sudgálica como basadas en relaciones sociales de tipo comunal (Hofmann, 1971; Vernhet, 1981; Nieto, 1989); en este sentido, las producciones de sigillatas hispánicas e itálicas han sido mucho menos explotadas, aunque algo se puede avanzar; en relación al segundo grupo, los trabajos se han basado en las investigaciones de las sigillatas de Arezzo, con el consiguiente problema de sus sucursales fuera del área itálica: por ejemplo, en el taller de Lyon se encuentran moldes procedentes de los talleres aretinos, por lo que cabe preguntarse si las relaciones sociales de producción analizadas en el taller itálicos (Prachner, 1980) pueden hacerse extensibles a las sucursales. Sin ninguna duda, determinados elementos sí que pueden extrapolarse a todas las producciones de este tipo: la existencia de una división del trabajo, desde el proceso de extracción de la materia prima, la arcilla, la decantación y, finalmente, el moldeado y la cocción: ahora bien, ¿son los procesos de aprovisionamiento y manufactura comunitarios? ¿Existe un control directo de todo el proceso productivo por parte del propietario o propietarios del alfar? No queda claro, pero debe ser evidente que la arcilla no fue utilizada en la antigüedad exclusivamente para la producción de sigillatas, sino que muy probablemente las canteras abastecieran a distintos tipos de productos: cerámicas de semi-lujo, cerámicas comunes, tégulas, ímbices, y otros materiales de construcción y decoración. Muy probablemente la explotación de las canteras no estaría en manos de los mismos alfareros, aunque ya el proceso de decantación de la arcilla sí debería estar bajo el control de los consumidores ya que son diferentes las calidades a mantener en cada una de las producciones, así como la inclusión de desgrasantes, que se relacionan con el proceso de utilización del artefacto que se pretende producir. Un caso distinto podría ser el de otros talleres como el de Andújar y su sucursal de Granada donde, al parecer, se fabrican múltiples productos (Sotomayor, 1970; Sotomayor, 1973; Roca, 1976; Roca, 1983; Sotomayor, Sola y Choclán, 1984), como cerámica ibero-romana pintada, cerámica comun, tégulas, lucernas, etc. Muy posiblemente estos centros sudhispánicos concentraran en sus manos todos los procesos de explotación y manufactura a diferencia de lo que se establece en los talleres aretinos y sudgálicos, aunque en éstos se produjeron otros productos al margen de la sigillata; la especialización era tan fuerte, fundamentalmente en el caso de Arezzo (Goudineau, 1968; Prachner, 1980), que la producción de elementos alternativos a la sigillata era muy escasa en comparación a los talleres citados anteriormente. Una vez más podemos entrever que la producción de sigillata, en lo referente a sus relaciones de producción no podían ser extrapolables a todos los centros por igual.

En este sentido nos interesa mayormente entretenernos con el caso de Arezzo, ya que, en primer lugar, es uno de los más antiguos, y, en segundo lugar, se sitúa en una zona donde el modo de producción esclavista se desarrolla en su forma más pura. Goudineau plantea que la fase de explotación de materia prima podría ser bien común, bien propiedad de un grupo distribuidor (Goudineau, 1968); debemos pensar que esta dualidad se resolvería desde el momento en que conocieran los canales de distribución o la importancia de la explotación, ya que, una arcilla de conocida calidad como la de la isla de Ischia, que fue utilizada, entre otras cosas, para la producción de la Campaniense Universal clase A de Nápoles, no es creíble que estuviese en manos de los mismos alfareros que producirían con esta materia prima; si, por el contrario, una cantera está en activo para el abastecimiento de un sólo taller, debería plantearse la posibilidad de que la misma estuviera en poder de los propietarios de los alfares (posiblemente el caso de Andújar y Granada, como hemos visto anteriormente). En cuanto al proceso de manufacturación, que en el caso de un alfar consta de tres fases, una de preparación de la materia prima (decantación), una de elaboración de las piezas, y una última de cocción de las mismas, Goudineau, plantea que en la primera de ellas el proceso debe considerarse como plenamente comunal, salvo quizás el caso del más importante alfarero de Arezzo, M. Perennius, que sería propietario único de sus propios medios. Esta interpretación nos parece correcta en la medida que la arcilla, durante el proceso de decantación, recibe un mismo tratamiento para un único producto final, como es el caso de un taller dedicado a la producción de la sigillata, y, en general, los procesos de manufacturación, así como los de explotación y distribución, debe estar en manos de los mismos artesanos que controlen la cantidad necesaria, así como la calidad y el precio, que, de no pertenecerles, podría alterar en cualquier momento una de estas características que el alfarero buscaría, entendiéndose en este caso, el artesano como propietario del taller. Sobre la elaboración de las piezas puede hacerse extensible a este taller el sistema planteado por Hofmann para la sigillata sudgálica (Hofmann, 1971).

3. Consideraciones finales

El enfoque básico de este tema precisa de una neta diferenciación cronológica por un lado, y cultural por otro. Cronológica en la medida que el desarrollo del modo de producción esclavista en el Mediterráneo Occidental sufre un proceso de evolución interno, para llegar a su punto máximo en los momentos de los siglos II y I a.n.e. y I d.n.e. (Vittinghof, 1986; Hopkins, 1981). Cultural desde el punto de vista de que según distintos autores, este modo de producción tan sólo se presentó con toda su pureza en la Grecia clásica y en la Península Itálica (Hopkins, 1981). De este modo podremos decir que la expansión romana produjo en la Península Itálica su desarrollo, coincidiendo con el importante avance en la expansión de la Campaniense A, comprendiéndose el concepto de cerámica romana aplicable a esta producción napolitana.

Durante la baja República se fue produciendo una acumulación de capital que,

unido a la crisis del campesinado, tuvo como principal consecuencia el desarrollo del artesanado, aunque siempre por detrás de lo que pudo ser la producción propiamente agrícola, que, en el mundo antiguo, y, sobre todo, dentro del modo de producción esclavista, supone la base de la economía estatal: Roma conoció durante la baja República la desaparición de los campesinos, el crecimiento de las grandes y medianas fortunas, el desarrollo de las relaciones mercadores-dinero, y, como consecuencia, la aparición de empresas relativamente importantes relacionadas con las manufacturas (Schtaerman, 1976). Se produjo, no obstante, un cierto incremento de las actividades de producción agrícola, que tuvo que influir fuertemente sobre los sistemas de producción dentro de las actividades de tipo artesanal, aunque la organización del trabajo artesanal esté netamente separado del agrícola (Manacorda, 1981), ya que un aumento de la producción supondría la necesidad de crear una infraestructura para la producción de maquinaria y bienes de producción, lo cual, a su vez tendría que venir de la mano, lógicamente, de un aumento de personal y adelantos técnicos correspondientes. Este segundo aspecto es difícilmente observable en el campo de la ceramología republicana ya que desconocemos por completo las estructuras urbanísticas y productivas que se situaban junto a estas unidades de producción, aunque se puede documentar cierta evolución en el control de algunas técnicas, como la calidad de obtención del barniz que recubría la superficie de las cerámicas de barniz negro, como hace Ponsich en los hornos de Kouass, describiendo la evolución de este proceso desde el siglo V al siglo II (Ponsich, 1969): la reducción del volumen de las piedras introducidas en el horno para la conservación del calor tras la extinción del fuego (de esta forma podemos controlar que los avances técnicos aplicados a la producción artesanal no se reducen a la Península Itálica, sino que es una realidad existente en toda la cuenca del Mediterráneo Occidental). Pero en el primer aspecto se documenta un aumento de la mano de obra esclava en las distintas actividades artesanas, hasta el punto de que existían esclavos especializados, susceptibles de ser alquilados por sus dueños a los distintos productores; también puede ser analizado como un índice de este desarrollo la existencia de esclavos vicarios, un nuevo estrato social dentro de la esclavitud, compuesto por esclavos propietarios que podían alcanzar la libertad, siempre dentro de la opción de seguir trabajando a las órdenes de su antiguo dueño.

El desarrollo fundamental de la artesanía se daba fundamentalmente en las villae (Morel, 1985); pero el problema puede relacionarse más bien en quién se beneficia de estos avances en la producción. La importancia de los centros artesanales cerámicos, los mejor conocidos desde el punto de vista arqueológico, ha sido puesta en duda en numerosas ocasiones (según Finley, Lezoux y La Graufesenque no florecen más que en los manuales de arqueología). Pero el enriquecimiento de los mercadores en el seno de la producción cerámica puede rastrearse no sólo en los trabajos que Vernhet realiza sobre La Graufesenque, sino en otro tipo de categoría cerámica, como son las ánforas republicanas firmadas por Sestius (Benoit, 1957).

El artesanado, así pues, se enriquecía de su producción, pero eran básicamente aquellos que introducían los más importantes cambios en los sistemas de producción

hasta alcanzar el control de la fabricación de manufacturas en serie con el fin de ser comercializadas quienes conseguían las más altas cuotas de riqueza acumuladas por actividades no propiamente agrícolas.

Aquellos que trabajaban directamente en la producción parecen haber sido fundamentalmente esclavos y libertos tras la segunda guerra púnica (Morel, 1983), hasta el punto de que, en palabras de Carandini, “el trabajo del esclavo disuelve el del trabajador libre”, siempre entendiendo que el concepto de esclavo no debe ser unívoco (antes habíamos comprobado la existencia a finales de la República de distintos grupos de esclavos entre los que destacaba el esclavo vicario). Si bien a finales de la República y al principio del Alto Imperio se observa una drástica separación del productor respecto de los medios y sus productos (Carandini, 1981), el esclavo puede formar parte de la producción bien como explotador, en tanto que propietario de un taller, bien como explotado, es decir, mano de obra. Ocasionalmente esta mano de obra puede ser especializada, pero, en este caso, resultaba demasiado cara (Morel, 1983). Esto nos apoya una vez más en el concepto del proceso de “desespecialización” que se observa en algunas producciones cerámicas como la Campaniense A, donde todos los elementos que dejan entrever cierto nivel de especialización han desaparecido por completo en la segunda mitad del siglo II a.n.e.

Desde finales del siglo III poco ha cambiado en la producción cerámica, pero, en la segunda mitad del siglo I a.n.e. hace su aparición la cerámica aretina: nuevas características técnicas, nuevas formas, nuevas decoraciones, así como un nuevo sistema de comercialización de los productos (difusión a gran distancia, alto porcentaje de transporte terrestre, fundación de sucursales), y una vuelta a la identificación de las producciones mediante firmas de alfareros, si bien la motivación deberá entenderse como algo distinto; antiguamente partiría de la base del prestigio del nombre, mientras que en este momento nace quizás como consecuencia de la necesidad de diferenciar los distintos productos propios de cada alfarero dentro de la amplia cadena de producción comunitaria de los grandes talleres donde los bienes producidos pueden confundirse, como explicaría el caso de la gran cantidad de alfares diferentes procedentes de un mismo taller (a diferencia de los escasos datos de los talleres de barniz negro), si bien este concepto evolucionaría finalmente hasta volver a identificarse como emblema de calidad y prestigio comercial.

Bibliografía

- BENOIT, 1957. F. Benoit: “Typologie et epigraphie amphoriques. Les marques de Sestius”, en *Rivista di Studi Liguri*, 23, 3-4, 1957, pp. 247-286.
- BLANC, 1963. A. Blanc: “Les techniques utilisés dans les grands ateliers de potiers de l'antiquité”, en *Revue Archeologique de l'Est*, XVI, fasc. 4, 1963, pp. 267-289.
- CARANDINI, 1981. Andres Carandini: “Sviluppo e crisi della manufacture rurali e urbane”, en *Società e produzione schiavistica. II. Merci, Mercati e scambi nel Mediterraneo*, Roma, 1981, pp. 249-260.

- CARANDINI, 1984. Andrea Carandini: *Arqueología y cultura material*, Barcelona, 1984.
- GOUDINEAU, 1968. Christian Goudineau: *Fouilles de l'Ecole Française de Rome à Bolsena (Poggio Moscini), 1962-1967, IV: la céramique aretine lisse*, París, 1968.
- HOFMANN, 1971. Bernard Hofmann: "Les relations entre potiers, fabricants de moules et artistes producteurs de poinçons", en *Rei Cretariae Romanae Fautorum, acta XIII*, 1971, pp. 5-20.
- HOPKINS, 1981. Keith Hopkins: *Conquistadores y esclavos*. Barcelona, 1981.
- JOHANNOWSKY, 1960. W. Johannowsky: "Probleme archeologici napoletani con particolare riferimento alle zone interessate dal «Risanamento»", apéndice a G. Russo: *La città di Napoli dalle origini al 1860*, Nápoles, 1960.
- LAMBROGLIA, 1952. Nino Lamboglia: "Per una classificazione preliminare della ceramica campana", en *Atti del I Congresso Intenazionale di Studi Liguri, Monaco-Bordighera-Genes, 1950*, Bordighera, 1952, pp. 139-206.
- LONG y XIMENES, 1988. Luc y Serge Ximénès: "L'épave Riou 3 à Marseille. Un chargement d'amphores Dressel I estampillées en grec et de céramique campanienne A tardive", en *Cahiers d'Archéologie Subaquatique*, 7, 1988, pp. 159-183.
- MANACORDA, 1981. Daniele Manacorda: "Produzione agricola, produzione ceramica e proprietari nell'ager cosanus nel I a. C."n *Società romana e produzione schiavistica. II. Merci, Mercati e scambi nel Mediterraneo*, Roma, 1981, pp. 3-54.
- MOREL, 1968. Jean-Paul Morel: "Céramique à vernis noir du Maroc", en *Antiquités africaines*, 2, 1968, pp. 55-76.
- MOREL, 1976. Jean-Paul Morel: "Aspects de l'artisanat dans la Grande Grèce romaine", en *La Magna Grecia nell'età romana. Atti del quindicesimo convegno di studi sulla Magna Grecia*, Tarento, 5-10 ottobre 1975, Nápoles, 1976, pp. 263-324.
- MOREL, 1981. Jean-Paul Morel: *Céramique Campanienne. Les formes*. París, 1981.
- MOREL, 1981 a. Jean Paul MOREL: "La produzione della ceramica campana. Aspetti economici e sociali", en *Società romana e produzione schiavistica. II. Merci, mercati e scambi nel Mediterraneo*, Editori Laterza, 1981, pp. 81-97.
- MOREL, 1983. Jean-Paul Morel: "Les producteurs de biens artisanaux en Italie à la fin de la République", en *Les «Bourgeoises» municipales italiennes aux II et I siècles av. J.C.*, París-Nápoles, 1983, pp. 21-39.
- MOREL, 1985. Jean-Paul Morel: "La manufacture, moyen d'enrichissement dans l'Italie Romaine", en *Colloque L'Origine des richesses dépensées dans la ville antique*, Aix-en-Provence, 11-12 mai 1984, Aix-en-Provence, 1985, pp. 87-111.
- NIETO, 1989. F. Javier Nieto Prieto: "Excavacions arqueològiques subaquàtiques a Cala Culip I. Centre d'investigacions arqueològiques de Girona, sèrie monogràfica, 9, Girona, 1989.
- PONSICH, 1969. Michel Ponsich: "Las céramique d'imitation: la campanienne de Kouass (Arcila, Marruecos)", en *Archivo Español de Arqueología*, 42, 1969, pp. 56-80.
- PRAHCNER, 1980.
- PUCCI, 1983. G. PUCCI: "La cerámica campana: dalla tipologia alla storia", en *Opus*, II, 1983, pp. 273-290.

- PY, 1987. Michel Py: Culture, economie et societe protohistoriques dans la region nîmoise, Tesis de Estado defendida en Montpellier en 1987, en prensa.
- ROCA, 1976. M. Roca Roumens: Sigillata Hispánica producida en Andújar, Jaén, 1976.
- ROCA, 1983. M. Roca Roumens: "El centro de producción de T.S.H. de Andújar", en Boletín del Museo Arqueológico Nacional, 1, 2, 1983, pp. 159-164.
- SANMARTI, 1978. Enric Sanmartí Grego: La cerámica campaniense de Emporion y Rhode, Barcelona, 1978.
- SCHTAERMAN, 1976. E.M. Schtaerman: "L'esclavage dans l'artisanat romain", en Dialogues d'Histoire Ancienne, 2, 1976, pp. 107-127.
- SERRANO RAMOS, 1983. E. Serrano Ramos: "Dispersión de la Sigillata Hispánica fabricada en los talleres de la Bética", en Boletín del Museo Arqueológico Nacional, I, 2, 1983, pp. 151-158.
- SOTOMAYOR, 1970. M. Sotomayor Muro: "Siete hornos de cerámica romana en Granada, con producción de sigillata", en XI Congreso Nacional de Arqueología, Mérida, 1968, Zaragoza, 1970, pp. 713-728.
- SOTOMAYOR, SOLA y CHOCLÁN, 1984. M. Sotomayor, A. Sola y C. Choclán: Los más antiguos vestigios de la Granada ibero-romana y árabe, Granada, 1984.
- VERNHET, 1981. A. Vernhet: "Un four de la Graufesenque (Aveyron): la cuisson des vases sigillés", en Gallia, 39, 1981.
- VITTINGHOF, 1986. F. Vittinghof: "La teoría del materialismo histórico sobre el Estado esclavista", en AAVV, El modo de producción esclavista, Madrid, 1986, pp.. 49-110.